

EL PRINCIPE
DE LOS MONTES.

MI hermano, y yo, Rey invicto,
y bellisima Princesa,
que como el Ave de Arabia
vivais edades eternas.
Mi hermano, y yo somos hijos
de Segismundo, que en Grecia
fue el octavo de este nombre,
sin que de los dos se pueda
saber qual naciò primero;
porque saliendo la Reyna
que estaba en cinta de entrambos,
una tarde à las florestas,
que con racimos de aljofar
las salpica el Euro, ò riega,
le diò el parto, sin tener,
mas testigos que las yerbas,
mas arrimo que el de un arbol,
ni mas favor que sus quexas.
Vino à dar en sangre envueltos
dos Infantes à la arena,
que somos los dos: aqui
nuestra emulacion empieza.
Dividiose el Reyno en vandos,
y viendo la diferencia
de pareceres, por ser
uso antiguo de la tierra,
que se llame Segismundo
el Principe, que lo hereda,
à entrambos un mismo nombre,
aunque no una misma estrella,
nos dieron, hasta que el Cielo
el secreto descubriera.
Viendonos pues el Senado
ya con brios, que qualquiera
los pudiera gobernar
en guerra, ò en paz, ordena,
que se dè el Cetro por votos:
y en fin, porque mi modestia
solicitò con callar,
ò su agrado, ò su conciencia,
me dieron el Cetro à mi,
mas mi hermano con cautela,
que ya empezaba sobervio
à dar de su invidia muestras,
convocò algunos rebeldes,
y anulando la primera

elec-

eleccion, al Pueblo le dice,
que para quitar sospechas
de intereses, y pasiones,
traten, que la suerte sea
quien de el Reyno al mas dichoso,
ò al que mejor lo merezca.
Dexemos en este estado
del Reyno la competencia,
y vamos à Nise, à quien
por influencia de estrella,
como los pezes al agua,
como la flor à la tierra,
y como al viento las aves,
la adoraban mis potencias,
porque era Nise su centro,
su luz, su gloria, y su esfera.
Supo mi hermano, que yo
solicitaba esta empresa,
y solo por molestarme,
con fingidas apariencias
comenzò à galantearla
publicamente, à quien ella
viendose amada (ay de mi!)
de dos, que qualquiera espera
ser su Principe, responde,
que de quien la hiciere Reyna,
serà esposa, sea quien fuere
(quien tal de su amor creyera!)
Sin duda que se enojò
el amor de aquesta ofensa,
si es ofensa, aventurar
el gusto por la grandeza,
pues dentro de pocos dias
se sintiò tan mal dispuesta,
que puso en cuydado à quantos
adorabamos sus prendas.
Fuese aumentando el achaque
con porfia tan grosera,
que convirtiò poco à poco
los claveles en violetas.
Y en efecto de un desmayo
vasalla, pues no la dexa,
ni sentir, ni respirar,
muda, torpe, elada, y yerta,
pidiò sepulcro à sus deudos,
y lagrimas à las piedras.
Pensando pues que havia dado
la respiracion postrera,
la enterraron (què ignorancia!)
sabiendo por cosa cierta,
que era mi vida su vida,
ò por lo menos la media,
y que pues yo estaba vivo,
no debia de ser muerta,
Es costumbre introducida
de Grecia, que à las doncellas
en el dia de su muerte
las vistan, como si fueran
à una fiesta, ò una boda
(quien viò galas en tragedias?)
Y asi los Padres de Nise,
de joyas, piedras, y telas,
de manera la adornaron,
que un hombre, por cuya cuenta
acaso entonces corria
el cuydado de la Iglesia,
llevado de la codicia,
pensò enriquecer con ellas.
Y asi en mitad de la noche
con una luz baxa, y entra
por la Iglesia à la Capilla,
à tiempo que mi terneza
me traia como loco,
dando à la Iglesia mil vueltas;
que quien la perla no halla,
con la caxa se contenta.
Lleguéme al Templo lloroso,
y el postigo toco apenas,
quando para recibirme,
se aparta sin resistencia,
que la priesa del ladron
le divirtiò de manera,
que se olvidò de cerrarle;
mas viendo alzada la piedra
de la bobeda: confuso
por una angosta escalera
hasta el centro baxo, donde
la misma muerte se hospeda,
y en un nicho miro (ay Cielos!)
à Nise, y junto con ella

al

al hombre, que he referido,
à quien yo de la primera
estocada dì la muerte,
por la injuria, ò por la ofensa,
que à Nise, y al Cielo hacia,
à sus Padres, à la Iglesia,
ò lo que mas cierto fue,
si à buena luz se contempla,
porque vì que la tocaba,
que era mi amor de manera,
que pienso, que tuve zelos
aun con tenerla por muerta.
Admirado del fracaso,
con vida, y con alma atenta
la miro despues, à tiempo
que del parasismo vuelta
Nise, empieza à estremecerse,
cosa con que ahora tiembla
el alma de imaginarlo,
viendo en un palmo de tierra
muerto à un hombre que era vivo;
viva la que ya era muerta;
con ansias de muerte aquel,
con rayos de vida aquella,
èl revolcado en su sangre,
ella articulando quexas;
y en efecto en un instante
la fortuna tan revuelta,
que quien no la espera, vive,
y muere quien no la espera.
Dudè al principio confuso;
pero el amor, que me alienta,
en lugar de retirarme,
mas à su vulto me acerca;
y tomandole las manos,
viendo, que entre sì se quexa,
apelo al pulso, del qual
aunque debil, y sin fuerzas
me informo, que tiene vida,
y luego en mis brazos puesta
hasta su casa la llevò,
sobre esta hermosa azucena
tantas lagrimas llorando,
de placer, y gusto llenas,
que ya escuse, que en su casa
hiciesen la diligencia
comun de rociarle el rostro;
porque à mis ojos atenta
bebiò el agua, que bastò
para que en su sér volviera.
Con lagrimas finalmente,
con amores, con ternezas
puedo decir, que le dì
nuevo ser, y vida nueva,
que aunque estaba al parecer
muerta la candida vela,
como la luz de mi vida
llegò à la suya tan cerca,
con el humo que quedò,
pudo volver à encenderla.
Mejorò Nise, y viviò,
vivio Nise: quién dixera,
que no me hiciera su Esposo
por satisfacer siquiera
con una mano, y un 1
tanto linage de deudas?
pero mintiò mi esperanza,
y mintieron sus finezas,
porque aunque saliò la suerte
en mi favor, la sobervia
de mi hermano, el Reyno todo
con sangre, y armas altéra,
y à pesar de la razon
pone sobre su cabeza
la corona, que era mia,
y porque el vulgo no oyera
mis quexas, mandò prenderme.
(Triste de el Reyno, y la tierra,
donde al que se quexa, quieren
castigar, porque se quexa!)
Llorò Nise à los principios
de agradecida, ò de tierna;
mas oyò al Rey, y casóse,
porque como las orejas,
que son los ojos del alma,
tienen la puerta de cera,
y son fuego las palabras
de un Rey, à pocas respùestas
ablando la cera el fuego,
y el alma rindio la puerta.

Ca-

Casóse Nise, y casóse
con condicion que me dieran
libertad, como si el daño
en la prision estuviera.
Casóse en fin, si bien supe
despues por cosa muy cierta,
que la repudiò mi hermano,
cansado de su belleza,
porque nunca dura mas
lo que se goza por tema.
Salì al campo, dì mil voces,
y aunque sentì mis ofensas,
mas cuerdo, que vengativo,
por no verle, y por no verla,
à los montes, à los valles,
à los riscos, à las peñas,
à los prados, à las fuentes,
à los yermos, y à las selvas
me voy, de la Corte huyo,
llego à Albania; pero en ella
habíto solo en los montes.
visto pieles, dexo sedas,
miento afectos, busco olvidos,
calzo abarcas, trato fieras,
rindo brutos, siembro flores,
bebo arroyos, como yerbas,
hago versos, miro libros,
paso historias, toco ciencias.
Y estando (ay Dios!) una tarde
yo recogido en mi cueva,
oì una voz, salì al monte,
miro al Sol, hallo à Clavela,
doyla favor, vuelve à verme,
entretengome con ella,
vino con Celia una tarde
enamoréme de Celia,
siendo Celia, y labradora
la que es Aurora, y Princesa.
Digole mi pensamiento,
oyele atenta, y contenta:
Hablo à Clavela una noche,
y para que me aborrezca,
digola, que soi villano,
y que la Princesa es fea.
Hablanse las dos despues,
cuentanselo poco cuerdas:
hallo un hombre en el jardin,
que dicen, que la festeja.
Siento, callo, dudo, muero,
y ella sorda, ingrata, y fiera,
sin Dios, sin ley, sin razon,
de su tierra me destierra.
Esto es lo menos que paso,
diga lo demas su Alteza.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà todo genero de surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.